

RECORDANDO A M.^a DOLORES CABRÉ A TRAVÉS DE LA FIESTA DE LA POESÍA Y DE LA COFRADÍA DE MONTSERRAT

Teresa RAMÓN PALACIO

La década de los 50 fue para nuestra ciudad de un inigualable esplendor poético, en cuanto a creación y difusión, nacido al amor de la cultura y del carisma personal que emanaban de aquella gran dama que fue M.^a Dolores Cabré y Montserrat.

Tarraconense por nacimiento y catalana por convicción, había arribado a Huesca, pocos años antes, con el bagaje de su ponderada exquisitez y de su recién estrenada cátedra de Literatura, brillantemente ganada en buena lid. Pero Huesca y sus gentes la enamoraron sin remedio, a poco de su llegada, y la convirtieron —sin intentar ni por un momento hacerla renegar de sus raíces— en una aragonesa más, si no de nacimiento, sí de corazón.

M.^a Dolores sabía amar y lograba ser correspondida en igual medida. Sus amistades de entonces fueron, aun en la distancia, sus amigos del alma para siempre y sus futuros bachilleres del Instituto «Ramón y Cajal», los mejores alumnos que ella hubiera soñado jamás. Hizo suya nuestra historia, estudió nuestras tradiciones y supo incorporarse a nuestras devociones y costumbres con esa peculiar elegancia suya que nunca la abandonaba.

Católica ferviente, corazón generoso y alma de poeta, hizo de la espiritualidad, del amor a los suyos, de la bondad, de la belleza y del trabajo el lema de su interesante vida, consagrada por entero al servicio de los demás.

Felizmente para mí, la poesía nos unió en amistad. Apenas comenzado el mes de marzo de 1956, llegó a mis manos la carta más insólita que nunca haya recibido. La eximia M.^a Dolores Cabré, enterada no sé por quién de mis escarceos literarios, me invitaba a participar con mis poemas en la Fiesta de la Poesía que, bajo su batuta, el Instituto «Ramón y Cajal» organizaba cada año a la llegada de la primavera.

No cabía en mi cabeza que mis pobres versos pudieran tener un lugar, aun el más modesto, en esa renombrada cita literaria a la que yo, desde mi ejercicio de magisterio en Campo, imaginaba como unos celebérrimos Juegos Florales, capaces de imponer respeto al vate más consagrado.

Recuerdo, como si de ahora mismo se tratase, los títulos que conformaron aquella mi primera remesa poética a la Fiesta: «Romance de la niña soñadora», «Barco de mis pensamientos» y «Mañana de San Lorenzo», breves los dos primeros y algo más extenso el de tema laurentino. Supe que este último fue recitado con la unción y el oscensismo que inspiran las composiciones que cantan a nuestro excelso patrono. Y supe también, por ella misma, el cariño y la deferencia con que M.^a Dolores acogió a «la niña soñadora» y al «barco de mis pensamientos», que repitieron sucesivas Fiestas. Quizá porque «mi niña» se identificaba con su gentileza y femineidad... Quizá también porque «mi barco», aunque imaginariamente fletado desde un lugar de tierra adentro, la transportaba a ese mar Mediterráneo de sus amores, que meció su cuna y compartió sus primeros sueños de juventud...

Hubo más Fiestas de la Poesía y más romances míos representándome en ellas. M.^a Dolores, mi musa, me instaba a seguir. Yo, envalentonada, obedecía, rimando y exigiéndome mayor perfección verso a verso y día a día. Fue una hermosa complicidad la nuestra, de la que salí liberalmente enriquecida.

El pasado 7 de marzo, emblemática conmemoración de Santo Tomás de Aquino, antes de que el santoral fuese trastocado por no sé qué leyes eclesiales, M.^a Dolores Cabré se nos durmió para siempre. Seguro que el Doctor Angélico debía de estar esperándola en su estrado de la gloria para imponerle la birreta celestial, en presencia de un coro de ángeles poetas y entre los aplausos de una nutrida grey estudiantil.

Ausente de Huesca una larga temporada, conocí la triste noticia días más tarde. Concretamente el 26 de abril, vigilia de la festividad de Nuestra Señora de Montserrat, Reina y Madre de Cataluña y devoción mariana por excelencia de nuestra llorada amiga.

Debió de ser por la oportunidad de esta conmemoración por lo que una voz amiga me enteró de la existencia, años atrás, de una cofradía montserratina en Huesca, de la que M.^a Dolores había sido inspiradora y móvil decisorio de su fundación. Hoy, con sentida emoción, releo la reproducción del acta fundacional de tan piadosa cofradía, donde figura su elegante firma —única de mujer—, refrendada por las de algunos ilustres varones catalanes, residentes por entonces en la ciudad y actualmente casi todos desaparecidos.

Y por lo que representa para la vida de piedad oscense o siquiera como curiosidad histórica, no me resisto al impulso de transcribir íntegro el texto de este documento, extraído con toda clase de facilidades del Registro de Cofradías de nuestro Archivo Diocesano:

Excmo. y Revmo. Señor

Los infrascritos: MIGUEL DOLÇ Y DOLÇ, Director del Instituto de Enseñanza Media; GONZALO MARTÍNEZ-GIL DE BRETÓN, Ingeniero Jefe de la Delegación de Industria; FRANCISCO GINÉ GIL, Industrial y Abogado; JUAN GORGUES TORRENT, Comandante Médico de la Armada y Director del Sanatorio Mental; JOSÉ SOLA, Industrial; FRANCISCO AGUILÓ, Médico del Sanatorio Antituberculoso; MARÍA DOLORES CABRÉ, Catedrático de Literatura del Instituto de Enseñanza Media; JUAN ARÓS, Abogado de la Delegación de Sindicatos; ANTONIO GORGORIO, Profesor Mercantil de la Delegación de Hacienda; FRANCISCO CAUS, Profesor Mercantil, Liquidador de Utilidades, y ANTONIO DURÁN GUDIOL, Canónigo Archivero de la S. I. Catedral.

Ante V. E. R. respetuosamente exponen:

Que desean establecer en Huesca la PONTIFICIA Y REAL COFRADÍA DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT, cuyos Estatutos se adjuntan a la presente instancia, por lo que ruegan a V. E. R.

- a) Autorización para constituir un Centro Delegado de dicha Cofradía en el Altar de la Virgen de Montserrat del Monasterio de Santa Clara.
- b) Nombramiento de un Director o Consiliario y
- c) Permiso para pedir al Rvmo. Padre Abad de Montserrat el Diploma de erección.

Todo lo que pedimos a V. E. R. cuyo anillo pastoral besamos respetuosamente.

En Huesca a los veinte días del mes de junio de mil novecientos cincuenta y tres.

(Aquí las correspondientes firmas rubricadas)
Excmo. y Revmo. Señor Obispo de la Diócesis.
HUESCA

El fiscal del Obispado otorgó su plázet a los estatutos y el real monasterio de Santa Clara, sede de un secular culto oscense a la Virgen de Montserrat, a petición de los fundadores, según dijimos antes, y beneplácito de la abadesa y comunidad, fue designado para acoger las celebraciones religiosas de la naciente cofradía.

Y así, unidos por el amor y la devoción a la Virgen de Montserrat y por su propio paisanaje, numerosos catalanes censados en Huesca secundaron la iniciativa de la Junta fundacional, inscribiéndose en esta nueva cofradía mariana, que venía a engrosar el número de las ya existentes en la ciudad bajo distintas advocaciones.

La cofradía quiso tener bandera propia y a fe que la consiguió, espléndida en su tamaño (1,35 x 0,92 m) y primorosa en su realización. Anilladas a un asta torneada de madera noble de 2,33 m de altura, figuran dispuestas en palo, mitad y mitad, las sedas amarillas y rojas, en doble faz, que conforman tan histórica como sentimental enseña. Sobre la seda amarilla de un lado, bordada en igual color, puede leerse la siguiente inscripción: CONFRARIA DE LA MARE DE DEU DE MONTSERRAT—CENTRE DELEGAT D'OSCA. Y sobre el fondo amarillo opuesto, en plata, verde y siena, aparece artísticamente recamado el escudo de la abadía de Montserrat, bajo cuya jerarquía quiso erigirse filialmente la recién fundada cofradía oscense.

Con un respeto rayano en veneración pude admirar recientemente esta bandera, mientras la madre abadesa de las Clarisas, a ruegos míos, evocaba con añoranza aquellas solemnísimas misas de once de la mañana, celebradas cada año en el domingo más próximo al 27 de abril; siempre en el altar mayor, con capellán catalán, la Junta de la cofradía con su bandera en lugar preferente, la iglesia a rebosar de fieles y en su sitial acostumbrado del primer altar de la derecha la «Moreneta», aureolada por el resplandor de los cirios y casi oculta por los ramos de flores de sus devotos.

Y entornando nostálgicamente los ojos, recordaba también la madre cómo, indefectiblemente, tras la última bendición, una deliciosa voz femenina entonaba con sentimiento las primeras estrofas del Virolai, entusiásticamente coreadas a continuación por el pleno de la feligresía:

Rosa d'abril, Morena de la Serra,
de Montserrat estel,
il·lumineu la catalana terra,
guieu-nos cap al cel...

¡Cuán feliz debía de sentirse M.^a Dolores cantando a su Virgen y ante sus paisanos con palabras de mosén Jacinto Verdaguer, el poeta que gozaba de sus preferencias!

Luego, al dejar el recinto sagrado, el ágape fraterno y el cadencioso puntear de las sardanas.

Muchas cosas acabaron en nada cuando M.^a Dolores decidió cambiar nuestro ámbito ciudadano por su tierra natal, donde finalmente descansa.

Pero aún pervive en nosotros el recuerdo indeleble de su amor, de su cultura, de su amistad, de su gentileza... y de su piedad, simbolizado en esa reencontrada bandera que sigue velando la guardia a la Virgen de Montserrat en el monasterio de Santa Clara y que ella, con su acendrada devoción y su innata elegancia, diseñó, sin pretenderlo, para la historia de Huesca...

Descanse en paz, M.^a Dolores Cabré.